

LAS FIESTAS BARROCAS DE LA MUERTE EN EL TOLEDO DEL SIGLO XVII

Fernando Martínez Gil

La muerte y la fiesta

Los que morían con la tranquilidad de haber ordenado el alma y la hacienda, es decir, los que habían podido redactar un testamento, constituían una minoría en la España de los Austrias. Un estudio fundado en el examen de las actas de defunción de algunas parroquias toledanas de un porcentaje indicativo del 18 %, cifra que revela la poca extensión de la práctica testamentaria¹. Las razones fundamentales para no testar eran la de ser menor de edad, con un 54'10 %, y la de ser pobre y no tener de qué testar, con el 54'55 %. Ambas circunstancias suman el 82'65 del total de no testadores. Por ello hay que tener en cuenta las muertes diferenciales de aquella mayoría, integrada básicamente por pobres y niños, que se producían al margen de los testamentos y en su mayor parte lejos de los oropeles barrocos, aunque, como ha escrito Bravo Lozano refiriéndose a los pobres madrileños del XVII, «nadie, absolutamente nadie, estaba dispuesto a morir *deshonrado*, sin honras, sin un mínimo cortejo»².

En el otro extremo estaban los entierros muy minoritarios, pero de una extremada resonancia social, de las clases dirigentes, de los grandes señores, del alto clero, de los arzobispos y sobre todo de las personas reales y los mismos reyes. Aquí era donde se desplegaba con todo su colorido, fastuosidad y numerosa concurrencia, la fiesta barroca. Como ya indi-

1. Se consultaron los libros de difuntos de San Justo, San Miguel, San Cipriano, San Cristóbal y San Bartolomé, efectuando sondeos cada quince años en cada parroquia, pero variando de una a otra las fechas para disponer de una muestra cada cinco años para todo el siglo XVII. Los porcentajes están referidos a un total de 1.483 partidas consultadas. Véase mi *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, de inminente publicación por la editorial Siglo XXI.

2. J. BRAVO LOZANO: "Prohibido morir pobre en el Madrid del siglo XVII", *Historia 16*, Madrid, año XIV, n.º 158 (junio 1989), pág. 42.

cara Julián Gállego, la muerte fue una de las fuentes principales de las fiestas y ceremonias españolas³. Todo un pueblo vivía de grado o por fuerza la muerte del otro cuando éste era un gran personaje. El doble incesante de las campanas, la obligación de llevar luto, la suspensión de las tareas cotidianas y —elemento muy importante— el atractivo del cortejo y de las ceremonias funerales que tenían lugar en todo el reino, hacían que fuese imposible sustraerse a esa vivencia pomposa y festiva de la muerte.

La ciudad de Toledo, por supuesto, no era ajena a estas demostraciones. Brillaron particularmente los festejos organizados cuando, aún en el siglo XVI, la corte venía a residir dentro de sus murallas. Las entradas de reyes y cardenales, los natalicios reales, la celebración de victorias, el recibimiento de las reliquias de san Eugenio y santa Leocadia, todos eran buenos motivos para el despliegue de la pompa y el ornato, la ostentación social y las arquitecturas efímeras de la fiesta barroca, de la que el Corpus Christi era sin duda el paradigma. La decadencia sufrida por la ciudad durante el siglo XVII hubo de repercutir negativamente en el esplendor y concurrencia de unos festejos que la ciudad en adelante añoraría. Pero la fiesta barroca aún se prodigaría durante todo el siglo, ya fuese exaltando el Cuerpo de Cristo o el orden social con motivo de las muertes de reyes y prelados. Las primeras eran motivo de celebraciones de honras muy semejantes en todas las ciudades del reino; los entierros de los arzobispos, sin embargo, poseían un relieve y un ceremonial propios que otorgaban a Toledo una notable singularidad.

La muerte de los Príncipes de la Iglesia

Definitivamente alejadas de Toledo la corte y la alta nobleza, los arzobispos se convirtieron en los auténticos y exclusivos señores de la ciudad. En sus entierros se desplegaba el ceremonial barroco en todo su esplendor y su exactitud ritual. En ellos participaban muchas personas e instituciones, constituyendo un grandioso espectáculo en el que se mezclaban arte y literatura, procesiones y cánticos, luces y olor de incienso, gravedad de los trajes y minuciosa etiqueta. Y un numeroso conjunto de gente que atiborraba el templo y transformaba la vivencia de una muerte en una fiesta ensalzatoria de la religión y la monarquía.

Sin llegar a esos extremos, las muertes de canónigos y beneficiados gozaban de privilegios no accesibles a la mayoría de los seglares. Conocemos los detalles de algunos de estos entierros gracias a los manuscritos de *Ce-*

3. J. GALLEGRO: *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid, 1984, pág. 139.

remonias de la Santa Iglesia de Toledo, fechables en el siglo XVII y conservados entre los manuscritos del fondo Borbón-Lorenzana ⁴. Cuando moría un clérigo catedralicio el cabildo salía procesionalmente y se dirigía a su casa para encomendarle el alma. Así lo hizo el 23 de julio de 1642 cuando se enteró de la noticia del fallecimiento del canónigo Pedro Díez de Cienfuegos. La comitiva encontró su cuerpo

«en la quadra grande o salón de las cassas del tribunal de la inquisición adonda vivía, en medio, sobre un bulto de bara de alto todo él y la sala colgado y el suelo vestido de bayeta, y seis hachas amarillas a los lados, y abía en la dicha quadra tres altares que le dijeron en ellos muchas misas» ⁵.

Una vez cumplida la encomendación del alma, la campana clamoreaba durante media hora y más tarde volvía el cabildo a la casa mortuoria a recoger el cuerpo. Los manuscritos contienen una precisa descripción del cortejo que acompañó hasta la catedral al cuerpo difunto de Joseph García, racionero músico del templo, el 7 de agosto de 1645:

«la prozession del entierro se ordenó en la forma acostumbrada que es como se sigue. Los primeros van los niños de la doctrina con achas luego la cruz de la parrochia luego el xto. de la caridad con dos cirios el qual lleva un clérigo por orden de la cofradía luego va la cruz de la iglia. Luego los cleriçones y collegiales capellanes del coro, Racioneros, canónigos y dignidades y el Subdiácono va con el que lleba la cruz diácono y preste detrás el preste en medio de las cabeceras y diácono un poco adelante con el libro delante del pecho... detrás del preste ba el mayordomo de la santa caridad con cetro y a los lados dos personas con cirios de la caridad a quien sigue el cuerpo del difunto en andas con el paño rrico y a los lados dos Racioneros y un canónigo a cada lado y si es canónigo dos canónigos y un Racionero a cada lado que estos ban allí por la costumbre antigua que se orserva desde que los prevendados solían llebar en ombros a los prevendados difuntos» ⁶.

El cadáver iba en las andas con el rostro descubierto y un bonete encima del pecho ⁷, prerrogativa que únicamente poseían los eclesiásticos. Entre los dos coros se disponía «la cama y la cruz y los hacheros de palo uno a cada esquina y las alfombras». Allí se celebraba el oficio de difuntos

4. Ms. 154 y 184.

5. *Ceremonias y sucesos...*, BPT, ms. 184, fol. 117.

6. *Ibidem*, ms. 184, fol. 56.

7. AHPT, Prot. 175, testamento del licenciado presbítero Pedro Vázquez, 28 de diciembre de 1655.

y se procedía luego al enterramiento en el interior de la propia catedral. Para sepultar al canónigo doctoral Joan de García «fueron por la nave de sancta Helena y las cabeceras se quedaron en medio de la nave de chapinería mirando a la sepultura en passando el cuerpo llegó el preste y dijo la oración y echó agua y incenso sobre el cuerpo y sobre la sepultura y se hizo todo lo restante y acabado el officio de la sepultura se fue el preste y diácono a las cabeceras y dio el cabildo buelta por el Sagrario y el pilar de la pila, al coro mayor y allí se dijo el Responso y oración»⁸.

Pero, sin lugar a dudas, eran los entierros de cardenales y arzobispos los que despertaban una mayor admiración. Las entradas de nuevos cardenales y los entierros de sus predecesores siempre han figurado en Toledo entre los mayores acontecimientos locales. El fausto desplegado en ellos aumentó y se consolidó en el Barroco, pero proviene de tiempos medievales. Las líneas esenciales del gran ceremonial barroco estuvieron ya presentes en el entierro del cardenal Mendoza en 1495, según lo describen Jerónimo Münzer o Salazar de Mendoza. Escribió el primero que «el entierro fue con tal pompa y solemnidad que causaba admiración». Y Salazar de Mendoza describió el evento desde que el cadáver salió de Guadalajara hasta su llegada a Toledo, donde fue recibido solemnemente por la ciudad. Desde la entrada hasta la catedral un inmenso cortejo acompañó el cuerpo del cardenal, que iba descubierto y vestido de pontifical. Abrían la marcha los pendones de las cofradías y órdenes religiosas con sus cruces, preste y miembros, desfilando por orden de antigüedad; seguían las parroquias con sus cruces, el cabildo, el preste de la ceremonia, el Ayuntamiento, los caballeros, la caja con el cuerpo, el cardenal de Sevilla y el duque del Infantado; y cerrando la comitiva, la familia y amigos del cardenal, todos vestidos de luto y portando hachas encendidas. En la catedral se construyó un «cadahalso» muy alto bajo el cual fue colocado el cadáver durante la celebración de las honras⁹.

Los manuscritos de la BBL contienen descripciones muy minuciosas de casi todos los entierros de los Primados que murieron en el siglo XVII. En 1618 falleció don Bernardo de Sandoval y Rojas. El cortejo de su entierro fue multitudinario e implicó a todos los estamentos de la ciudad. Las cruces de difuntos de la catedral y de todas las parroquias iban en vanguardia. Inmediatamente después desfilaban los niños de la doctrina, las cofradías de la Madre de Dios y de la Caridad, los hermanos de San Juan de Dios y todas las comunidades mendicantes masculinas existentes

8. *Ceremonias y sucesos...*, fol. 106. Véanse también los fols. 118 y 121v.

9. R. DÍEZ DEL CORRAL GARNICA: *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, 1987, pág. 45.

en Toledo¹⁰. Venían detrás los clerizones y colegiales de la catedral, toda la clerecía de la ciudad, los capellanes y beneficiados, canónigos, racioneros y dignidades. El preste y los diáconos, y doce pajes con hachas, precedían al cuerpo del cardenal, que era seguido por sus deudos y allegados. Tan imponente cortejo entraba en la catedral y el cuerpo era depositado en el túmulo preparado al efecto. Por la tarde se celebró un nocturno y a la mañana siguiente una misa con toda solemnidad y gran asistencia de público. A cada una de las comunidades religiosas le fue asignada una capilla en la que dijeron misas incesantemente, convirtiéndose la catedral por unas horas en una inmensa máquina de hacer sufragios por el alma de la mayor dignidad jerárquica de la Iglesia española¹¹.

José González de Varela escribió una detalladísima descripción de las exequias celebradas en 1642 en honor del Cardenal-Infante don Fernando¹². Toda la primera parte está dedicada a la descripción del soberbio túmulo, trazado por Lorenzo Fernández Salazar, que se levantó en el crucero del templo. Había sido construido en un mes, y Varela se lamentaba de que «tan vistosa Architectura, donde se auía esmerado tanto la curiosidad y el arte, era sólo para veintiquatro horas, y que éstas, no más, se auía de gozar. Circunstancias de la grandeza, no medir los lucimientos por la duración; pues quando en su ser tengan limitación de tiempo, en lo famoso les sobra muy dilatados espacios»¹³. Su planta era cuadrada y era «poco menor que para Reyes; y mucho mayor que para Prelados», con una altura de 70 pies; estaba ornada de emblemas que ensalzaban las hazañas bélicas del cardenal, de diversas alegorías que celebraban sus virtudes e iluminada con numerosos cirios. En su interior se disponía el cenotafio.

Toda la segunda parte trata de las composiciones y jeroglíficos que se prendieron de las bayetas de luto y que fueron tan apreciadas por los asistentes que, nada más acabar de decirse el último responso, la gente se colgó de las bayetas y «no dexaron papel en un instante: y assí ha costado trabajo bolber a recoger los originales, y no sé si conseguido en todo»¹⁴.

10. Por este orden: clérigos menores, recoletos agustinos, trinitarios descalzos, capuchinos, carmelitas descalzos, franciscanos descalzos, mínimos de la Vega, mercenarios, trinitarios calzados, carmelitas calzados, agustinos calzados, franciscanos calzados, dominicos, jerónimos y bernardos.

11. *Ceremonias y sucesos...*, fol. 211. A los curas y beneficiados, la capilla de San Pedro; a los dominicos, la de Santiago; a los franciscanos, la sala capitular; a los agustinos, la capilla Mozárabe; a los carmelitas, la de Reyes Viejos; a los trinitarios, la de Pedro Tenorio; a los mercedarios, la de San Juan Bautista; a los mínimos, la de San Eugenio... y así hasta un total de 19 comunidades y otras tantas capillas.

12. J. GONZÁLEZ DE VARELA: *Pira religiosa, mausoleo sacro, pompa fúnebre, que la muy Santa Iglesia Primada de las España erigió... a Su Alteza el Serenissimo Cardenal Infante D. Fernando de Austria*, Madrid, 1642, págs. 147 y ss.

13. *Ibidem*, págs. 5-6.

14. *Ib.*, pág. 69.

Seguía una composición del licenciado Pedro González de Salcedo consagrada a la consideración de la «miseria, y fragilidad humana conocida, y llorada en la temprana muerte del Serenísimo Sr. D. Fernando de Austria». La cuarta parte, finalmente, se centraba en la descripción de las exequias, incluyendo el sermón predicado en ellas por don Antonio Calderón.

La celebración de las exequias comenzó con un clamor general de las campanas de la catedral y de las demás iglesias de la ciudad, que duró de las 12 a la 1, como tan sólo se usaba por personas reales y preladados. Luego comenzaron los oficios con la concurrencia de todas las comunidades religiosas, distribuidas en distintas capillas.

«Admiración era ver a un tiempo en todas las capillas del ámbito Oficiar tantas Missas, cantar tantos Responsos, acabar unos, empezar otros, entrar aquéllos, y salir éstos, y todos con tan buen orden, con tanta devoción, y gravedad que parecía una cifra de la gloria, una viua representación del cielo»¹⁵.

A las cinco de la tarde terminaron los oficios y comenzó la vigilia, momento en que el público abarrotó las naves del templo, tanto «que a menos capacidad que la de la Iglesia, fuera imposible gozarse nada, y aun en tanto espacio, la apretura, el bullicio, y la confusión fue grande».

«Llenóse el Templo de gente; y todos atendiendo a lo grandioso de aparato tanto, a lo suave de la Música, a lo grave de las ceremonias, a lo devoto de los afectos, y a lo puntual de todo, tenían los ánimos tan entregados a la admiración, que hombres, y mugeres no reparauan en la incomodidad precisa, que causó tan gran concurso»¹⁶.

Antes de comenzar la ceremonia se produjo la entrada de un capitán al frente de una compañía de doscientos soldados enlutados, cogidas las banderas, «las caxas destempladas, los pífanos roncós». El alférez abatió la bandera junto a la tumba en reconocimiento de la dignidad de General que poseía el difunto. Los soldados quedaron haciendo guardia en torno al túmulo. Luego entraron los regidores y jurados, que tomaron asiento en la capilla Mayor. Habiendo comenzado ya la vigilia, el cabildo subió al túmulo para decir una misa solemne y el responso, después de lo cual las campanas volvieron a sonar desde el toque de ánimas (las nueve de la noche) hasta las diez.

Los toledanos se despertaron al día siguiente con un nuevo clamor general de las campanas que comenzó a las 6 de la mañana. Las religiones volvieron a entrar en la catedral para celebrar los oficios y, por turno,

15. *Ib.*, pág. 155.

16. *Ib.*, pág. 156.

rezar un responso en el túmulo. Hacia las diez vinieron los soldados y autoridades municipales, tuvieron lugar la vigilia y la misa, en la que predicó el canónigo Magistral don Antonio Calderón, y se rezó el último responso.

El manuscrito de la BPT contiene una detallada descripción de todo lo que sucedió en Toledo desde que llegó la noticia de la muerte del cardenal Gaspar de Borja y Velasco en Madrid hasta que finalizaron sus honras¹⁷. El  bito se produjo el 25 de diciembre de 1645 y cinco días más tarde el cabildo recibí la comunicación oficialmente. El primer paso era entonces el de publicar la sede vacante, para lo cual se dieron clamores con seis campanas y el cabildo salió en procesión hasta el crucero de la catedral para cantar un responso, finalizado el cual las campanas dejaron de tocar.

El cardenal deb  ser enterrado en la catedral y por eso los días que siguieron reinó una gran actividad dirigida a preparar la recepción del cadáver. El maestro de ceremonias envi  al corregidor una memoria de las calles por las que habría de pasar la procesión para que mandase empedrarlas y limpiarlas¹⁸; en la nave central de la catedral se preparó un palenque donde guardar la ofrenda, consistente en cien carneros, cien costales de trigo y cien pellejos de vino; en el claustro se arm  el túmulo que se pondría entre los dos coros; y por todas partes se previnieron los ornamentos necesarios para el cumplimiento de la estricta etiqueta. Las  rdenes religiosas y las cofradías de la Caridad y la Madre de Dios fueron invitadas a participar en el entierro, al que deberían acudir también las demás cofradías, los niños de la doctrina, los sacristanes con las cruces parroquiales y todos los clérigos de la ciudad.

El cuerpo del cardenal llegó la tarde del 6 de enero y vino acompañado por muchos caballeros, sus familiares, cien religiosos y la capilla de cantores. Su entrada deb  realizarse dos días más tarde y entre tanto fue depositado en el hospital de Tavera.

El día 7 ya estaba todo preparado. De la ofrenda sólo faltaban ya los cien carneros, que entrarían el día siguiente con su manso por la puerta de los Carretones para recogerse en el cercado dispuesto en la nave; el túmulo se alzaba entre los dos coros y todo el crucero y la capilla Mayor eran cubiertos con bayetas negras; largos bancos marcaban los lugares precisos desde los cuales cada uno de los invitados debería seguir la ceremonia.

17. *Ceremonias y sucesos...*, fols. 214-215.

18. Puerta del Perdón, Pasadizo, Hombre de Palo, San Juan Bautista, Tendillas, casas del secretario Bargas, convento de carmelitas descalzas, puerta del Cambrón. A la vuelta: calle de la portería del convento de San Juan de los Reyes, calle del Arquillo, Santo Tomé, San Salvador, portería del convento de la Trinidad, plaza del Ayuntamiento y puerta Llana.

El día del entierro amaneció envuelto en clamores de campanas. De todos los conventos y parroquias comenzaron a llegar los que iban a formar parte de la multitudinaria procesión. Esta se formó dentro de la catedral y salió por la puerta del Perdón dirigiéndose a la puerta del Cambrón. A su frente marchaban el perrero, tres lectores, dos niños acólitos ceroferrarios y las cruces. Después los niños de la doctrina, las hermandades y cofradías (las de la Caridad y Madre de Dios en último lugar por razón de antigüedad), los frailes y los clérigos. Una vez recogido el cuerpo, fue traído a hombros de doce sacerdotes dentro de una caja de plomo y sobre unas andas, cubierto por un dosel de terciopelo morado. En la puerta del Cambrón, adornado con bayetas negras, le esperaba un pequeño túmulo donde se le dijo un responso cantado. Desde allí partió la procesión definitiva hacia la catedral: dos prebendados, un gentilhomme con la maza del cardenal, un crucero con el guión y la cruz del finado, un subdiácono y un diácono, el preste y dos dignidades, un obispo portador del capelo del cardenal, el mayordomo de éste y el camarero mayor, doce pajes enlutados con hachas (no dio tiempo a vestir a veinticuatro pobres), el cuerpo del cardenal a hombros de los doce sacerdotes, diez prebendados, dos dignidades, tres racioneros, los deudos del difunto, el corregidor, muchos caballeros, la familia, ministros de la dignidad arzobispal «i otros ciudadanos, todos juntos i sin orden».

La procesión entró por la puerta Llana y el cuerpo fue depositado en el túmulo con la cabeza hacia el altar mayor. El ataúd se cubrió con un paño morado y a sus pies se pusieron el capelo cardenalicio, la cruz y la maza. Los invitados se sentaron en los bancos colocados en la capilla mayor y entre los dos coros; el cabildo ocupó su lugar en el coro. La ceremonia comenzó con el canto del invitatorio solemne reservado a las honras de papas y reyes. Luego se dijeron el nocturno y la misa de cuerpo presente. El cadáver fue depositado temporalmente en la capilla de San Ildefonso mientras terminaba de labrarse su sepulcro definitivo junto a la capilla de la Estrella, en el trascoro.

Veinte años después se procedió de la misma forma en la muerte del cardenal Baltasar de Moscoso y Sandoval, aunque con algunos problemas en detalles para los que «no había exemplar por no haber muerto ningún cardenal en Toledo desde hacía ciento ocho años»¹⁹. En efecto, el cardenal Moscoso falleció en su palacio arzobispal el 18 de septiembre de 1665. Su cuerpo fue embalsamado «y le vistieron de Pontifical color morado como si fuera a decir misa y puesto al Pallio». A continuación fue expuesto en la capilla de palacio, sobre una tarima con dos colchones y un paño rico «de la cama de tanto monta», rodeado de bayetas negras y de doce blandones con hachas encendidas.

19. *Ibidem*, fols. 378-383.

Esa mañana el cabildo decidió publicar la vacante con los clamores y el responso de rigor, y por la tarde fue al palacio a realizar la ceremonia de la encomendación del alma.

Fue necesario diferir el entierro cinco días «porque era menester para prevenir la ofrenda y acer lutos, labrar la cera y disponer el túmulo entre los dos coros». Durante esos días acudieron a la capilla mortuoria todas las religiones de frailes para cantar nocturnos y misas. A partir de ahí se cumplió punto por punto el ceremonial usado en anteriores ocasiones.

Cortejo, entierro y honras sumían a la ciudad en una atmósfera especial a la que nadie podía sustraerse. La fiesta de la muerte era una de las principales fiestas del Barroco. Todos, cada uno en su lugar, se veían implicados en ella; todos, en el cortejo, guardaban el orden que les correspondía, unos dentro de él, los otros dejándose abrumar por los faustos de los grandes de este mundo. Por unas horas, en torno a la arquitectura efímera del túmulo que dirigía su verticalidad hacia las bóvedas, se reproducía el orden de la corte celestial, coros divididos en secciones y capillas, coros que rezan y cantan en exacta simetría con los coros angélicos, como en los frescos de *La Gloria* pintados por Luca Cambiaso en las bóvedas de la capilla de El Escorial. El gran ceremonial oculta por completo a la muerte bajo sus oropeles y la convierte en un instrumento idóneo para ensalzar el orden social y a sus valedores en el cielo y la tierra.

La muerte de los Reyes

En su obra sobre la muerte y exequias de María Luisa de Orleans escribió Juan de Vera Tassis que los Austrias celebraban las exequias Reales «con mayor pompa, y Magestad en los Dominios de España, que en ninguna otra Monarquía de las que tienen luz de la fe»²⁰.

En Toledo, como en las demás ciudades de la monarquía, el anuncio de una muerte regia, la celebración de las exequias y la proclamación del sucesor en el trono, estaban sometidos a un complicado ceremonial que describió Juan Sánchez de Soria en un libro escrito en 1635²¹.

La ciudad esperaba a recibir la noticia oficialmente y en ese mismo punto enviaba a la corte a dar el pésame a dos regidores y dos jurados

20. J. DE VERA TASSIS Y VILLARROEL: *Noticias históricas de la enfermedad, muerte y exequias de la Reyna... Doña María Luisa de Orleans... consorte del Rey Don Carlos Segundo...* Madrid, 1690, pág. 98.

21. J. SÁNCHEZ DE SORIA: *Libro de lo que contiene el prudente Gobierno de la Imperial Toledo y las cortesés Ceremonias con que le exerçe. Año de 1635*, ejemplar manuscrito conservado en el AMT.

con lobas y capirotos. Los demás daban las órdenes oportunas para que se diese un pregón con la noticia:

«A este pregón asisten cuatro caualleros Regidores y Jurados con Lobas y Capirotos, cubiertas las cabeças y el escrivano mayor de la misma manera, y también los cuatro Sofieles, cubiertas las Mazas con velos negros y dos Pregoneros: todos estos ministros con Lobas y Capirotos; cubiertas las cabeças. Los caualleros Commissarios y Escrivano mayor de Bayeta: los Sofieles y Pregoneros, de paño bajo»²².

Desde ese instante quedaban prohibidas las comedias, toros, fiestas y danzas; y todos estaban obligados a guardar los lutos establecidos por la ley.

El Ayuntamiento enviaba también una embajada al cabildo de la catedral y al tribunal del Santo Oficio para que asistiesen y colaborasen en los responsos y honras. Y lo mismo se hacía con las órdenes religiosas, el cabildo de curas y beneficiados, y las cofradías de la Caridad, Animas y Santo Sacramento.

El siguiente paso era la llamada *ceremonia del Pendón*. Este era de damasco carmesí con las armas reales bordadas. Se traía a un Ayuntamiento extraordinario al que todos acudían vestidos de gala. El pendón era entregado al corregidor y éste lo cedía al alférez, que lo enarbolaba en uno de los balcones gritando:

«Oyd, oyd, oyd, este Pendón leuanta Toledo en nombre destos Reinos por el Rey... Que Dios guarde muchos y felices años. Amén. Amén. Amén».

El pendón quedaba expuesto en el balcón y por la tarde era paseado a caballo por toda la ciudad hasta llegar a la catedral, donde era recibido por el cabildo, llevado procesionalmente a la capilla Mayor y solemnemente bendecido. La procesión seguía entonces hasta los alcázares reales. Ante sus puertas se desarrollaba el siguiente diálogo ritual:

ALFÉREZ. Alcayde, alcayde, alcayde, estáis ay. Oíd, oíd, oíd.

ALCAIDE. Quién llama a las puertas y Alcázares Reales.

ALFÉREZ. El Rey (Se asoma el alcaide). Alcayde. Oyd, oyd, oyd. Toledo ha alçado oy este Pendón Real por el Rey... Nuestro Señor, que Dios guarde muchos y felices años y acompañado de su Ayuntamiento, me ha mandado y cometido como su Alférez mayor os

22. *Ibidem*, fol. 113. El pregón se daba en la puerta del Perdón, las Cuatro Calles, la Sangre de Cristo, la Inquisición y la torre de Santo Tomé.

le entregue como Alcayde de estos Alcázares Reales para que le recibáis en nombre de Su Magestad y le pongáis en la Torre de ellos, que llaman de el Atambor; y assí os le entrego para que lo cumpláis.

Con música de trompetas, atabales y chirimías se realizaba la entrega. El alcaide sacaba el pendón por la ventana de la torre y gritaba:

«Oíd, oíd, oíd, estos Pendones Reales leuanto por el Rey... Nuestro Señor que Dios guarde muchos años»²³.

A continuación toda la ciudad, con luto, loras y capirotos, volvía a la catedral con objeto de ponerse de acuerdo con el cabildo en la celebración de las honras por el monarca difunto²⁴. Si el acuerdo se producía, se fijaba el día de la celebración y el cabildo daba las órdenes oportunas para que se «haga un cadahalso entre los dos coros», como sólo podía hacerse por personas reales y prelados²⁵.

Según describe un *Ceremonial y régimen de coro* escrito por don Pedro de Carvajal a fines del siglo XVI o comienzos del XVII²⁶, en medio del monumento se colocaba un tablado «todo rodeado con gradas que se pueda andar, y sobre él una tumba. Todo el cadahalso, y pilares estará cubierto de paño de luto». La tumba se cubría con un dosel de brocado negro; sobre una almohada del mismo material se colocaba una corona y a los pies una cruz pequeña²⁷. El decorado se completaba con enormes lienzos de luto:

«desde la puerta de la chapinería de una parte y de otra hasta los pilares del púlpito del evangelio, y la tribunica pondrán quartones de la larga tan altos como una lança para colgar en ellos lutos, y poner hachas, y lo mesmo se hará desde la puerta nueva hasta el pilar de la tribunica de la epístola, y el otro que está de frente. Por todo el cadahalso sembrarán muchos escudos de armas, y lo mesmo por todo lo que estuuiere entapiçado»²⁸.

23. *Ibidem*, fols. 115 y ss.

24. "Todo este gasto de Lutos, Túmulo y Pendón, y los que más se ofrecen, se libran en Propios sin concurso de acreedores y embargos, en conformidad de la ley de el Reyno, en que se permite dar a cada Regidor para luto, 3.000 mrs.", *ib.*, fol. 114v. La *Nueva Recopilación* habla de "2.000 mrs. de los dichos propios y no más", *Recopilación de las leyes destos reynos, hecha por mandado de la Magestad Católica del Rey Don Felipe Segundo*, Madrid, 1640, lib. V, tít. V, ley I.

25. Así lo establecía la *Recopilación de las leyes...*, lib. V, tít. V, ley II.

26. P. DE CARVAJAL: *Ceremonial y régimen de coro*, ms. propiedad de don Luis ALBA, a quien agradezco las facilidades que me ha ofrecido para su consulta.

27. *Ibidem*, fols. 266v-267. "Si fuere Arçobispo en lugar de corona pondrán una mitra, y si ufere emperador una vara que es una corona con tres coronas".

28. *Ibidem*, fol. 267.

Todo quedaba preparado así para que en su día se celebrase la vigilia solemne, y al día siguiente la misa y el último responso.

No era imprescindible que las honras se celebrasen en la catedral. Cuando el Ayuntamiento no se concertaba con el cabildo, la celebración tenía lugar en San Juan de los Reyes. Así ocurrió en 1504, quizá por motivo de las obras que estaban celebrándose en el presbiterio de la catedral, cuando murió la reina Isabel. Su cadáver, camino de Granada, pasó por Toledo. La ciudad, el cabildo y las órdenes religiosas salieron a recibirlo a la puerta del Cambrón, donde se rezó un responso, y lo condujeron luego procesionalmente hasta un cadalso de cinco gradas que había sido preparado en San Juan de los Reyes. Allí tuvo lugar la ceremonia religiosa, como años después ocurriría en los funerales de Isabel de Portugal²⁹.

Sí fueron celebradas en la catedral las honras fúnebres por la muerte del emperador, cuya descripción viva y colorista fue efectuada por Sebastián de Horozco. Cuando se supo la noticia, no solamente la corporación municipal, sino toda la ciudad, se puso de luto.

«Puso luto toda la çibdad desdel mayor hasta el menor, hombres y mugeres, clérigos y seglares dexaron toda la seda y vestidos de colores y plumas, todas las otras galas mayormente»³⁰.

Para tal ocasión se enlutó toda la nave de la puerta del Juicio, llenándose de armas reales y banderas. Horozco subraya la novedad de este decorado, así como el enlutado de los corredores del Ayuntamiento, pues por reyes y prelados anteriores sólo se había puesto luto entre los dos coros. En este lugar se levantó «un túmulo e cadahalso de madera de tal manera obrado y fabricado como si allí se oviera de quedar perpetuamente con tanta obra al romano que los nacidos no vieron otro tal para semejante acto ni las pirámides antiguas ni el sepulcro de mauselo ni otra obra alguna»³¹.

La fábrica del túmulo había sido construida en veintiséis días por el carpintero Diego Honrado, que cobró 90.000 mrs. Tenía 85 pies de alto y cuatro cuerpos. Sobre ella trabajaron Alonso de la Fuente y Nicolás de Vergara, con el visto bueno de Alonso de Covarrubias, para crear el suntuoso monumento que tanto impresionara a Horozco. El primer cuerpo consistía en una capilla mayor flanqueada por cuatro capillitas abovedadas y en su interior una tumba con brocados y las armas reales; en sus esqui-

29. R. DÍEZ DEL CORRAL GARNICA: *Op. cit.*, págs. 295-296.

30. S. DE HOROZCO: *Relaciones históricas toledanas*, edic. de J. Weiner, Toledo, 1981, pág. 169.

31. S. DE HOROZCO: "Memoria de las honras que se hizieron en esta çibdad de toledo por la muerte de el emperador don carlos nuestro señor que es en gloria", en *Noticias curiosas sobre diferentes materias*, ms. 9.175 de la BN, fol. 206v.

nas, «cuatro reyes de armas, hombres vivos vestidos de luto... cubiertas las cabeças con sus capirotos y vestidos unas cotas o ropas de armas doradas y plateadas». El segundo piso dejaba ver cuatro colosos de catorce pies de alto «con sus gestos muy tristes y llorosos vestidos de luto y con unas vanderas negras de tafetán con armas imperiales»; y junto a ellos, doce lienzos «en blanco y pardillo» con las victorias del emperador. En el tercero estaban las efigies de Felipe el Hermoso, Maximiliano, Juan II y Fernando el Católico; y en el cuarto cuatro virtudes «vestidas a manera de ninfas de blanco y sus tocas de lata». Completaban el túmulo banderas negras, epitafios y letreros, armas imperiales, cuatrocientas hachas y dos mil candelas. Los dos artistas lograron cumplir su encargo a tiempo y recibieron por todo 79.000 mrs.³².

El 13 de noviembre de 1558 se celebraron las vísperas y al día siguiente, al decir de Horozco, «se hicieron mejores y más solenes honras que los vivos vieron ni oyeron». La misa y el sermón corrieron a cargo del doctor Delgado, «pero era tanta la gente y bullicio y ruido en la Iglesia que no se podía oír». En efecto, «fue tanta la gente que a esto ocurrió a la santa iglesia así de dentro de esta cibdad como de fuera que fue cosa de ver». La ceremonia terminó con los responsos rezados por las diferentes comunidades religiosas.

«Y entravan por la puerta pequeña del coro del altar mayor que está junto a las gradas del altar. Y salían por el otro postigo y la que primero llegava, ésa entraba y aguardavan las demás».

Y termina su descripción Horozco:

«Toda esta fiesta hizo y gastó la çibdad sin que la Iglesia gastase cosa alguna segund entiendo. Y así en lutos como todo lo demás se gastó grand suma de dineros. Plega a la divina magestad aya aprovechado como piadosamente se cree y tiene por çierto que sí avrá paz gloria del ánima de su magestad».

Las honras que Toledo celebró por Carlos V contienen ya todos los elementos de las fiestas fúnebres barrocas. La catedral se convierte en un microcosmos del universo donde cada uno ocupa un lugar respecto del centro, el vertical monumento que representa la dignidad real, la sacralización de su autoridad, su poderío bélico, la grandeza de su linaje y las virtudes que la adornan. El carácter efímero de monumento tan imponente

32. S. DE HOROZCO: *Relaciones...*, págs. 169 y ss.; AMT, carpeta *Muerte de Reyes*, "Condiciones a que se obligan Alonso de la Fuente y Nicolás de Vergara para hacer el túmulo de Carlos V".

sugiere la vanidad de los faustos mundanos y las misas y responsos ilustran la eficacia de los sufragios³³.

A diferencia de Francia e Inglaterra, en España no se utilizó la efigie regia para denotar la inmortalidad de la dignidad real³⁴. En la ceremonia de las honras se utilizaba un catafalco o una cama vacía sobre la que se depositaban los símbolos de su poder. El túmulo era recargado de docenas de figuras pintadas o esculpidas, pero nunca se recurrió a la representación del rey difunto para crear la ilusión de la presencia de su cuerpo. La ceremonia se dirigía ante todo al alma del monarca, a su liberación de las penas del purgatorio y a la celebración de su presunto acceso a la Gloria. Reunía en un solo acto la exaltación de los principios sustentadores de la monarquía católica y de los dogmas fijados en Trento; y todo de un modo grandioso, abrumador, multitudinario y con el énfasis de una proclama a los cuatro vientos. Desde otro ángulo, las honras regias daban lugar a una fiesta total en que se integraban perfectamente música y teatro ceremonial, artes plásticas y juegos de luces³⁵, oratoria e incluso poesía y literatura³⁶.

Las honras de Felipe II tuvieron lugar en El Escorial el 18 de octubre de 1598. En la capilla del monasterio se colocó un gran túmulo y acudieron a la ceremonia, bajo presidencia de Felipe III y de Isabel Clara Eugenia, los prelados, grandes, embajadores, capellanes, cantores de la capilla Real, miembros de los consejos y altos cargos de la administración. El oficio de vísperas duró tres horas, de las 4 a las 7 de la tarde; y el de difuntos, celebrado al día siguiente, llevó prácticamente la mitad del día, desde

33. "Qué otra cosa es el Mausoleo de vn Rey, sino Cáthedra de desengaños, para el mundo?, Sermón del jesuita Francisco Pimentel en *Exequias, túmulo y pompa funeral que la Universidad de Salamanca hizo en las honras del Rey... Felipe III...*, Salamanca, 1621, fol. 94.

34. La utilización de la efigie regia estuvo vigente en la Francia del siglo XVI y en la Inglaterra del XVII, E. H. KANTOROWICZ: *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, 1985, págs. 395-396; M. VOVELLE: *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, París, 1983, págs. 217-218 y 335.

35. En el túmulo de Isabel de Borbón: "Pves hasta personas huvo prevenidas dentro de los Cuerpos del Túmulo, que velassen las luzes, teniendo allí vasijas de agua, i vinagre, i algunos instrumentos a propósito, con que acudir a lo que podía suceder. Que donde las luzes eran tantas, tales las personas, i tanta la gente, la menor desgracia causara inquietud. Y aunque no perturbó el Acto el accidente alguno, no fue sobrada esta prevención", *Pompa funeral, honras y exequias en la muerte de... Doña Isabel de Borbón Reyna de las Españas y del Nuevo Mundo... Que se celebraron en el Real Convento de S. Gerónimo de la villa de Madrid*, Madrid, 1645, fol. 37.

36. Con ocasión de las exequias de los reyes, la Universidad de Salamanca convocaba certámenes poéticos de elegías, glosas, jerooglíficos, octavas, canciones, epitañios, epigramas, sonetos, églogas, romances, etc. Poemas y jerooglíficos se colgaban de los lutos para que la gente pudiese admirarlos, *Exequias, túmulo y pompa funeral que la Universidad de Salamanca hizo en las honrras del Rey... Felipe III...*, Salamanca, 1621.

las 6 de la mañana a las 2 de la tarde, consistiendo en varias misas y responsos³⁷.

Pero, como ya era preceptivo, ceremonias como ésta tuvieron lugar en todas las ciudades del reino, cada una de las cuales levantó un túmulo, como de ello da fe el famoso soneto de Cervantes describiendo el que vio en Sevilla³⁸. En Toledo el túmulo fue realizado esta vez por Juan Bautista Monegro, maestro mayor de las obras de la catedral, y por Andrés García, que recibieron 1.700 ducados. A estos gastos se añadieron los 177 ducados que se dieron al ropero Francisco de Perales por colgar los lutos acostumbrados y los 180.000 mrs. que cobró el cerero Diego Cabello por suministrar la cera necesaria³⁹.

Las honras regias debían celebrarse con cierta asiduidad y resultaban demasiado costosas para las arcas municipales. Trece años después moría la reina Margarita, esposa de Felipe III, y la ciudad se lamentaba de no tener recursos para hacer las debidas demostraciones de sentimiento. El rey denegó la petición de emplear las sobras del impuesto de millones en la organización de las honras, pero concedió los «maravedís procedentes del derecho de la legua», siempre que no se tomase más que lo estrictamente necesario. Por todo ello se trató de jugar con presupuestos restrictivos en relación a otras ocasiones anteriores. Los lutos se concertaron en 1.800 reales y la cera en 5.000, consiguiéndose a pesar de todo dos mil velas y cuarenta hachas. En cuanto al túmulo, se remató por sólo 1.400 ducados, aunque finalmente hubo de darse a su artífice otros 500 reales por las «demasías» que había hecho. Algunos autores han atribuido a El Greco la confección de este túmulo⁴⁰. Sin embargo, los papeles municipales dejan bastante claro que fue su hijo Jorge Manuel quien se ocupó de la realización del proyecto, «y el dicho túmulo hera de muy buena traça grandeça y obstentación y architettura conforme a la grandeza del sitio donde se auía de hacer que hera entre los dos coros de la santa yglesia de esta dicha

37. A. CERVERA DE LA TORRE: *Testimonio auténtico y verdadero de las cosas notables que pasaron en la dichosa muerte del Rey N.S. Don Felipe II*, Madrid, 1600, págs. 189-207.

38. El que comienza "Voto a Dios que me espanta esta grandeza". Dice el segundo cuarteto: "...cada pieza / vale más de un millón, y que es mancilla / que esto no dure un siglo..." Y más abajo: "Apostaré que el ánima del muerto / por gozar este sitio hoy ha dejado / la gloria donde vive eternamente", M. DE CERVANTES SAAVEDRA: *Obras completas*, edic. de A. Valbuena Prat, Madrid, 1970, I, pág. 53.

39. AMT, carpeta *Muerte de Reyes y Libros de Acuerdos*, acta de 23 de octubre de 1598. Estos gastos fueron cubiertos con dineros de los derechos de la legua y de los obligados de la carnicería.

40. Como F. DE B. SAN ROMÁN reconoció, lo único que habla en favor de la atribución del monumento a El Greco es un soneto de fray Hortensio Félix Paravicino, que lo califica de "milagro Griego", *De la vida del Greco*, 1910, reeditado en *El Greco en Toledo*, Toledo, 1982, págs. 302 y ss. Otros autores aceptaron con excesiva ligereza esta atribución, como así lo señalan F. MARFAS y A. BUSTAMANTE en su *Las ideas estéticas de El Greco*, Madrid, 1981, pág. 39.

ciudad el qual dicho túmulo auía de tener de ancho cuarenta pies y de alto ciento diez»⁴¹. La ceremonia fue suspendida, no obstante, por causa de un problema de etiqueta que enfrentó al cabildo con el Ayuntamiento. El presidente de la Cámara de Castilla escribió a la ciudad para expresarle el disgusto regio y espetarle que «se pudiera haber escusado el escándalo y nota que se a seguido del encuentro y diferencia que ubo el día del responso». La reprimenda finalizaba con una orden tajante: «que luego se quite el túmulo y lo demás que para este efeto se hizo, sin que en ello aya dilación»⁴².

El conflicto aún estaba planteado cuando murió Felipe III en 1621. Los preparativos se hicieron, sin embargo, con toda normalidad. El corregidor dio cuenta a la ciudad de la noticia y se procedió a dar el pregón y a la ceremonia del pendón. «Y porque en tan grave suceso y de tanta pena y desconsuelo se deue mostrar el dolor y sentimiento que tan gran pérdida requiere», el Ayuntamiento entabló conversaciones con el cabildo para fijar la fecha de las honras. Un nuevo pregón instó a toda la población a vestir luto antes de tres días. Las mujeres debían ponerse tocas negras y no blancas, salvo las viudas «que truxeren ábito y vestido dello»; los pobres llevarían al menos una caperuza de luto o sombrero de fieltro; y nadie podría «dar músicas ni tañer bigüelas ni guitarras ni panderos ni otro ningún género de ynstrumento». Jorge Manuel y Luis Tristán fueron los encargados de construir el túmulo en esta ocasión, comprometiéndose a terminarlo en veinte días y con un coste de 2.000 reales menos que el de la reina Margarita. A pesar de ello ambos artistas elevaron poco después una petición de aumento, alegando lo mucho que habían trabajado y las pérdidas económicas sufridas a causa de «su celo en que todo se cumpliesse al gusto de V. S.^a abiendo metido mucha más jente y costádome los oficiales y maestros exzessibos prezios». Lo importante es que, pese a la premura de tiempo, el túmulo estuvo listo antes del plazo estipulado. Los problemas vinieron, como en la anterior ocasión, de las disputas de prelación entre cabildo y Ayuntamiento. «En 3 del mes de junio se juntó el ayuntamiento para ir a las onrras y fueron todos con loras de bayetas y capirotos los quatro sofieles delante con capuces de pano y capuces largos de luto y los dos de las maças cubiertos de tafetán negro». Todos juntos pasaron a través del túmulo y tomaron asiento en el lado de la epístola de la capilla Mayor, frente al lugar que ocupaba el Tribunal de la Inquisición. La vigilia y las honras transcurrieron sin incidentes, pero al llegar al responso cantado sucedió algo parecido a lo de 1611:

«se començó a cantar el responso a canto de órgano y huiéndole començado algunos preuendados del cauildo se fueron entrando en

41. AMT, carpeta *Muerte de Reyes*.

42. F. DE B. SAN ROMÁN: *Op. cit.*, pág. 304.

el dicho coro mayor y poniéndose delante de la ciudad y delante del santo oficio de la Inquisición boluiendo las espaldas los de un coro a la ciudad y los otros al tribunal y entonces la Inquisición se puso en dos coros e yleras pasándose el juez de bienes confiscados y otros oficiales del tribunal al otro coro boluiendo las espaldas a la ylera del dicho Cauildo y la Ciudad hizo lo mismo que el Santo Oficio poniéndose en dos hileras boluiendo las espaldas con que el cauildo cesó en el responso que estaua comenzado y no se acauó y la ciudad y Inquisición se estuvieron quedos aguardando que acauasen el responso y visto que no lo hacían el dicho tribunal del Santo Oficio se fueron y luego la ciudad hizo lo mismo y se bino a las casas del ayuntamiento por la misma orden que hauían ydo».

Sólo dos días más tarde el Consejo dejaba oír su voz ordenando «que esa ciudad de aquí adelante tenga un coro aunque la estrechez obligue a dos yleras... sin que se repare si en respuestas o otros actos... tubieren bueltas las espaldas los canónigos y racioneros y demás ministros porque esto es precisso y sin ocasión de ofensa»⁴³.

En 1665 se celebraron las honras de Felipe IV en el convento Real de la Encarnación de Madrid⁴⁴. En Toledo el maestro de arquitectura Juan Muñoz y los pintores Diego Rodríguez y Nicolás de Latra se obligaron a realizar el túmulo por 18.000 reales de vellón, 13.500 para el primero y 4.500 para los segundos. Debía estar terminado el 21 de diciembre, las honras se celebraron los dos días siguientes y el 24 a mediodía ya estaba desmontado⁴⁵.

Todavía hubo varias ocasiones de celebrar honras regias en la segunda mitad del siglo XVII, pero depararon pocas novedades con respecto al modelo fijado en tiempos anteriores. En el último mes del siglo volvió a levantarse un túmulo en la catedral para honrar al último de los Austrias. A la 1 de la tarde del día 22 clamorearon durante una hora todas las campanas de la catedral, de las veinticuatro parroquias y treinta y nueve conventos; volvieron a hacerlo a las 8 de la tarde y a las 6 de la mañana del día siguiente. El túmulo encendió sus miles de luces y el ámbito de la catedral tornó a llenarse de gente.

43. AMT, *ibidem*. El total de gastos en las honras de Felipe III fue de 1.604.720 mrs. El nuevo rey autorizó a la ciudad a emplear hasta 1.500 ducados de los arbitrios municipales.

44. P. RODRÍGUEZ DE MONFORTE: *Descripción de las honras que se hicieron a la cathólica Magestad de D. Phelippe quarto*, Madrid, 1666.

45. AMT, *ibidem*.

«Fue aquella mañana estrecho aquel Plano espaciosísimo para el indezible Concurso, que de dentro, y fuera de Toledo llamó así la curiosidad, y admiración deste día»⁴⁶.

El día 23 tuvo lugar la misa solemne en la que predicó el canónigo lectoral don Diego Nieto. Tres fueron los temas principales del sermón: los piadosos motivos que llevaban a creer que el rey estaba en el cielo, la pena por la falta de sucesión directa y el consuelo de la acertada designación en la persona de Felipe V.

Cuando finaliza el siglo XVII Toledo vive en un estancamiento después de una grave decadencia que la reduce a una ciudad de provincias, muy lejos del esplendor a que había llegado cien años atrás. Los artistas que construyen ahora los túmulos efímeros no tienen ya el renombre de los de antaño; la nobleza es menos numerosa; menor forzosamente la población que concurre a los actos fúnebres. Pero el ritual barroco de la muerte se mantiene incóluce. La catedral continúa siendo el templo primado de España y todas sus ceremonias alcanzan una extraordinaria resonancia.

En esta especie de apoteosis de la monarquía y la religión que fueron todas y cada una de las honras regias, falta el invitado más importante. Se diría que éste ha sido sólo la excusa para que la fiesta se despliegue. Porque, en efecto, la Muerte, esa muerte concreta y descarnada, burlona y terrible, desaparece aquí en el torbellino y recargamiento del espectáculo barroco, bajo los ampulosos circunloquios de la oratoria y la sublimadora reinterpretación de que ha sido objeto por parte de la Iglesia católica.

En estas grandiosas ceremonias no se celebraba el triunfo de la Muerte, sino el triunfo sobre la muerte. En el centro de las miradas no había un cadáver corrupto, sino los símbolos de lo que no muere y un monumento ascendente que casi llegaba a tocar las bóvedas. Suprimido el cuerpo mortal, la muerte no existe. La franja terrena se ha oscurecido e, iluminado por los miles de luces del túmulo, es el rompimiento de gloria el que impone su ley. Repartidos en coros que rezan, escrupulosamente ordenados, los participantes conforman una transposición terrena del orden celeste. El público asistente contempla extasiado este extraordinario aparato que engulle a la muerte y le arrebató su faz terrible. Sin embargo, cuando las luces se apagan y la maravilla efímera del túmulo queda reducida a la nada, cuando cada cual regresa a la desnuda realidad de su vida cotidiana, vuelve a imponerse, calladamente, sin alharacas, la verdad contra la que se estrellan todos los tópicos: la muerte, como la vida, no es igual para todos.

46. *Exequias reales, que a la gloriosa memoria del Serenísimo Señor D. Carlos Segundo celebró en la muy Santa Iglesia Primada la Imperial Ciudad de Toledo, los días 22 y 23 de diciembre de 1700 años...*, Toledo, 1701, fol. 20.